

Sin mas audiencia condeno  
Con acuerdo de mi corte  
Y de mi real consejo,  
Por los méritos que fallo  
Que resultan d'este pleito,  
A los condes de Carrion  
Que lidien conforme al reto,  
Y que el Cid haya cumplido  
Con dalles tres escuderos,  
Y los que mejor lidiaren,  
Ellos salven su derecho.—  
Pidieron plazo los Condes  
Para guisar en el fecho,  
Y al cabo de ruegos muchos  
La noche se puso en medio.  
Volvióse el Rey á su casa,  
La corte á su alojamiento,  
Y al salir de los palacios  
Donde las Cortes se han fecho,  
De Navarra y de Aragon  
Al Rey vienen mensajeros.  
Cartas le traen de sus Reyes:  
Pidiéndole otorgamiento  
De las dos hijas del Cid  
Para dos hijos mancebos.  
Don Ramiro el de Navarra  
Le pide, si bien me acuerdo,  
A la mayor Doña Elvira,  
Dueña de virtud y arreo:  
A la menor Doña Sol  
Ha pedido el rey Don Pedro  
Para su hijo Don Sancho  
De Aragon propio heredero.  
Partióse á Valencia el Cid,  
Ufano, alegre y contento,  
Desagraviadas sus hijas,  
A guisar los casamientos.

(Escobar, *Romancero del Cid.*)

<sup>1</sup> De la penúltima década del siglo XVI.

885.

HACIENDO ALARDE EL CID DE LAS BUENAS CUALIDADES DE SU CABALLO BABIECA, SE LO OFRECE AL REY, EL CUAL NO LO ACEPTA POR CONSIDERARLO BIEN EMPLEADO EN SERVICIO DE SU SEÑOR.—CLXII.

(De Lorenzo de Sepúlveda.)

Ya se parte de Toledo  
Ese buen Cid afamado,  
Y acabáronse las cortes  
Que allí se habían celebrado.  
Aquese buen rey Alfonso,  
Muy gran derecho le ha dado  
De los Infantes, los condes  
De Carrion el condado.  
Don Rodrigo va á Valencia,  
Que á los moros la ha ganado:  
Novecientos caballeros  
Lleva todos fijosdalgo,  
Que de la rienda le llevan  
A Babieca, el buen caballo.  
Despidióse el Rey del Cid,  
Que le había acompañado:  
Lejos van uno de otro,  
El Cid envió un recaudo  
Pidiendo merced al Rey  
Le aguarde para hablallo.  
El Rey aguardara al Cid,  
Como á bueno y leal vasallo,  
Y el Cid le dijo:— Buen Rey,  
Yo he sido muy mal mirado  
En llevarme yo á Babieca,  
Caballo tan afamado,  
Que á vos, señor, pertenece  
Como mas aventajado.  
Non le merece ninguno,

Vos sí solo á vuestro cabo:  
Y porque veais cuál es  
Y si es bien el estimallo,  
Quiero facer ante vos  
Lo que no he acostumbrado,  
Si non es cuando habe lides  
Con enemigos en campo.—  
Cabalgó el buen Cid en él,  
De piel de armiño arreado,  
Firióle de las espuelas,  
El Rey se quedó espantado:  
En mirar cuán bien lo face,  
A ambos está alabando;  
Alababa á quien lo rige,  
De valiente y esforzado,  
Y al caballo por mejor,  
Que otro no es visto ni hallado.  
Con la furia de Babieca,  
Una rienda se ha quebrado,  
Paróse con una sola  
Como si estuviera en prado.  
El Rey y sus ricos homes  
De verlo se han espantado,  
Diciendo que nunca oyeron  
Fablar de tan buen caballo.  
El Cid le dijo:— Buen Rey,  
Suplicoos querais tomallo.  
— Non lo tomaré yo, el Cid,  
El Rey por respuesta ha dado:  
Si fuera, buen Cid el, mio  
Yo vos lo diera de grado,  
Que en vos mejor que en ninguno  
El caballo está empleado.  
Con él honrades á vos,  
Y á nos en extremo grado,  
Y á todos los de mis tierras,  
Por vuestros fechos granados;  
Mas yo lo tomo por mio  
Con que vos querais llevarlo,  
Que cuando yo lo quisiera  
Por mi vos será tomado.—  
Despidióse el Cid del Rey,  
Las manos le había besado,  
Y fuése para Valencia,  
Donde le están aguardando.

(Sepúlveda, *Romances nuevamente sacados, etc.*  
— It. Escobar, *Romancero del Cid.*)

886.

LOS CAMPEONES DEL CID VENCEN EN EL DUELO Á LOS CONDES, QUE SON DECLARADOS ALEVOSOS.—CLXIII.

(Anónimo.)

Ya se parte el Rey Alfonso,  
De Toledo se partía  
Para ir á Carrion,  
Que los Condes no venían  
A lidiar con los del Cid,  
Que retados los tenía  
Por la deshonra que hicieron,  
Aleve y gran villanía,  
A las dos hijas del Cid,  
Doña Sol y Doña Elvira.  
Consigno llevó los seis  
Jueces de la tal porfia;  
Don Ramon, yerno del Rey,  
Llevaba en su compañía,  
Y los que habían de lidiar  
Con los que el aleve hacían.  
A Carrion es llegado  
A la vega que ende había;  
Sus tiendas mandara armar,  
Los Condes á él venían  
Con su tío Suer Gonzalez,  
Que la gran traicion urdía.  
Traen consigo sus parientes,  
Muchos son en demasia:

Armados venían todos  
De ricas fuertes lorigas,  
Que entre sí han acordado,  
Que si tiempo se ofrecía,  
De matar á los del Cid  
De cualquier guisa lo harían,  
Antes de entrar en la lid,  
Porque así les convenía.  
Los del Cid lo habían sentido,  
Y al Rey,— Señor, le decían,  
En vuesa mano y merced  
El de Vivar nos ponía:  
Por eso, Señor, pedimos  
Non consintais que hoy día  
Nos fagan desaguizados,  
Nin tuerto, ni alevosía,  
Que con la merced de Dios  
El Cid vengado sería:  
Derecho habrémos de aquesto,  
Que Dios nos ayudaría.—  
El Rey dijo:— Non temais,  
Magüer yo lo proveería.—  
Mandó dar luego un pregon  
Que estas palabras decía:  
« Quien tuerto ó desaguizado  
» A los del Cid les ficiese,  
» Que la cabeza y sus bienes,  
» Allí todo lo perdiese. »  
Ellos metiera en el campo  
Do la lid hacerse había.  
Los Infantes y su tío,  
Tambien al campo acudian:  
Gran compañía traen consigo  
De gente que los seguía;  
El Rey á muy grandes voces  
Estas palabras decía:  
— Infantes de Carrion,  
La lid que hacerse quería  
En Toledo la quisiera,  
Y non en aquesta villa.  
Dijisteis que guarnimentos  
A vos allí fallecian;  
Vine al vuestro natural  
Por faceros cortesía:  
Los caballeros del Cid,  
Conmigo yo los traía,  
En mi fe y en mi verdad  
Ellos sus vidas ponían.  
Condes, yo vos desengañó  
A vos y á vuesa valía,  
Non fagades contra ellos  
Lo que hacer non se debía,  
Que aquel que lo tal ficiese  
Ya yo mandado tenía  
En campo le despedacen,  
Sin que nadie se lo impida.—  
A los Condes les pesó  
De lo que el Rey les avisa.  
La Colada y la Tizona  
Al Rey suplicado habían  
Que no entren en la lid,  
Que era mucha su valía.  
El Rey les dijera:— Infantes,  
Facer eso no podía;  
Pidiéradleslo en Toledo,  
Que aquí lugar ya no había:  
Meted vos muy buenas armas,  
Que no se os contradiría,  
Que crecidos sois de cuerpo;  
Pelead con valentía.—  
En el campo son metidos  
Todos seis como cumplía;  
Arreada está la gente  
Y todos se apercibían:  
Embrazaron los escudos,  
Pónense las capellinas;  
Firiéronse de las lanzas,  
Que so los brazos tenían.  
A Pedro Bermudo luego

Fernan Gonzalez heria:  
Pasóle todo el escudo,  
En la carne no le heria;  
El firió á Fernan Gonzalez  
De una muy grande ferida;  
Pasóle de lado á lado,  
Mucha sangre le salía,  
Y ya desmayado, en tierra  
Fernan Gonzalez caía  
Por las ancas del caballo,  
Asido á la misma silla;  
La lanza echara de sí,  
Mano á Tizona ponía:  
Dijole á Fernan Gonzalez:  
— ¡ Traidor, perderás la vida! —  
Y él conociendo la espada  
Que el buen Bermudez traía,  
Temióse de la muerte,  
Y antes que le diera herida,  
Dijo:— Yo vencido soy,  
Y por tal me conocía.—  
Martin Antolin de Búrgos  
Con el otro está en gran prisa:  
Quebrado habían las lanzas,  
Con las espadas reñían.  
Antolin le diera un golpe  
Con Colada, espada fina,  
Por cima de la cabeza,  
Que mal ferido lo había:  
Cortárale el guarnimento,  
Y el casco tambien hendía;  
Diego Gonzalez desmaya,  
Cuidó que no escaparía.  
Grandes voces da el Infante  
Por golpes que recibía;  
Sacóle el caballo fuera  
Del cerco que el Rey ponía:  
Vencido es como su hermano,  
Y por tal él se tenía.  
Nuño Busto y Suer Gonzalez  
Se fieren con valentía;  
Las lanzas traen muy fuertes,  
Recias son á maravilla.  
Suer Gonzalez á Nuño Bustos  
El escudo le partía.  
Pasóle de parte á parte,  
Que el golpe muy recio iba;  
Pasóle los guarnimentos,  
A la carne no prendía.  
Firme estuvo Nuño Bustos,  
Que era de grande valía,  
Pasárale con la lanza  
El escudo que tenía,  
Y fuera de las espaldas,  
El hierro se parecía.  
Suer Gonzalez cayó en tierra,  
Nuño Bustos le ponía  
La su lanza sobre el rostro,  
Herirlo otra vez quería.  
— Non lo firades, por Dios,  
Su padre á voces decía,  
Que mi fijo ya es vencido,  
Y creo muerto estaría.  
Nuño Bustos á los fieles  
Dijo si aquello valía:  
— No vale nada, responden,  
Si él propio no lo decía.—  
Suer Gonzalez volvió en sí:  
— Yo soy vencido, publica.—  
Por alevosos el Rey  
Los tiene desde aquel día,  
Con su tío Suer Gonzalez;  
Que el consejo dado había.  
Fuyéronse de la tierra,  
Que jamas no parecían,  
Ni mas alzaron cabeza:  
Los del Cid con honra fincan;  
Dióles muy grandes haberes;  
A Valencia se volvían.

Gran compañía les da el Rey,  
Muy seguros los envía  
Para su señor el Cid,  
Que por tal le conocían.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.  
— II. ESCOBAR, *Romancero del Cid*.)

887.

CARTA EN QUE EL REY REFIERE AL CID LA BATALLA Y VICTORIA DE SUS CAMPEONES CONTRA LOS CONDES DE CARRION. — CLXIV.

(Anónimo<sup>1</sup>.)

Acabada la batalla  
Por el de Vivar pedida  
Contra los alevos Condes,  
Que le afrentaron sus hijas,  
El noble rey Don Alfonso,  
Que el suceso honroso estima  
Que haya sido por el Cid,  
Como el que tenía justicia,  
Con los tres fuertes guerreros,  
Que por él lidiado habían  
Y alcanzado la vitoria,  
Así escribe al Cid Ruy Díaz:  
»A vos, el Cid castellano,  
»El de la espada temida,  
»Pestilencia de los moros  
»Y defensa de Castilla;  
»A vos, á quien guarde el cielo  
»En próspera y larga vida  
»Para que estemos seguros  
»De la enemiga morisma:  
»A vos el rey Don Alfonso  
»Salud por esta os envía,  
»Como vuestro mas amigo,  
»Aunque enemigos resistan.  
»El suceso del combate  
»Que se ha hecho en esa villa  
»De Carrion, por el orden  
»Que se dió en las Cortes mías,  
»Os lo escribo por mi mano,  
»Y va con mi sello y firma,  
»Porque sea testimonio  
»Verdadero y sin malicia,  
»Y que en la edad venidera  
»Cómo fué, se entienda y diga,  
»Sin que amistad ó respetos  
»Hagan que acorten ó añidan.  
»Luego que fueron las Cortes  
»En Toledo concluidas,  
»A esta villa nos partimos  
»Por los dos Condes pedida.  
»Su demanda dió sospecha  
»Por ser en su tierra misma,  
»Que tierra que cria alevos  
»No sin recelo se pisa.  
»Yo aseguré este recelo,  
»Porque á los tres que venían,  
»Por vos, á lidiar con ellos,  
»Guardé con la guarda mía.  
»Siempre los tuve delante,  
»Conociendo bien que había  
»De la parte de los Condes  
»Mas traicion que valentía.  
»Llegó el plazo y día asignado  
»En que habían de ser vistas  
»La justicia y la razon  
»Lidiar con la alevosía.  
»Hizose un fuerte palenque  
»Cerrado, y puestos encima  
»Asientos y seis jueces,  
»Y enfrente mi real silla.  
»A todo estuve presente,  
»Porque en mi ausencia no digan  
»Que el rostro escondí al efecto  
»En que el honor vuestro iba,

»Porque no fablen aquellos  
»Que vuestro daño codician,  
»Que os falta el rey Don Alfonso  
»Como no os faltó en la vida,  
»Aunque por malditos medios  
»Traidores nos revolvan  
»Vuesa lealtad condenando  
»Con envidiosas mentiras.  
»Advertido d'este engaño,  
»A maldades conocidas  
»Les cerré el oído á aquellos  
»Que os condenaban en vida.  
»He querido que entendais  
»Que su maldad entendida  
»Hago el honor vuestro mío,  
»Cual lo mostré en la conquista;  
»Que yo propio y á mi lado  
»Metí los tres que venían  
»A defender vuesa causa,  
»Que yo llamo propia mía.  
»Puestos por mí en el palenque,  
»Los dos Condes á la mira,  
»Y Suer Gonzalez su tío,  
»Llegaron, cual convenía,  
»De fuertes armas cubiertos  
»Con muy grande compañía  
»De parientes y de amigos,  
»Y el pueblo que los seguía.  
»Cuando yo vi tanta gente  
»Que en torno á todos seguía,  
»Temí el seguro no fuese  
»El robo de las Sabinas.  
»Mandé sentar á los jueces,  
»Y yo tomando mi silla,  
»Sosegado el alboroto,  
»Fué de mí esta razon dicha:  
»Condes, las hijas del Cid  
»Por vos sin causa ofendidas  
»Con la traza mas soez  
»Que se ha visto, ni hay escrita,  
»Demandaron la venganza  
»De su afrentosa ignominia  
»Al Cid su padre, que al punto  
»Salió á ella por sus hijas.  
»Pidió campo á todos tres,  
»Para que en él fuese vista  
»Como quedaba su ofensa.  
»Con la sangre vuesa, limpia.  
»Respondisteis que con él  
»La batalla, que os pedía,  
»No queríades hacer  
»Porque yo lo ayudaria;  
»Que enviase á quien quisiese  
»Que sobre la causa misma  
»Con vos ficiese batalla  
»Segun fueros de Castilla.  
»Estos tres nobles guerreros  
»El Cid por su parte envía,  
»Que ya en el campo os aguardan,  
»Os retan y desafían.  
»Haced vuestra obligacion,  
»Que es lo que os fuerza y obliga,  
»Que es tiempo que las razones  
»A las armas se remitan.—  
»Quisiéronme dar respuesta;  
»Y de mí no siendo oída,  
»A dar principio al combate  
»Fuéron, aunque lo temían.  
»Partióles el campo luego  
»Un rey de armas, con insignias  
»Del terrible ministerio  
»Que administrándoles iba.  
»De tres en tres en sus puestos  
»Se pusieron, recogidas  
»Las riendas á los caballos,  
»Las lanzas apercebidas.  
»Contra el conde Don Fernando,  
»Que á la victoria se aplica,  
»Martin Antolinez fué

»Fuego echando por la vista.  
»A Don Diego, el otro hermano,  
»Que encendió la horrible cisma,  
»Le cupo Pedro Bermudez  
»Para la batalla esquila:  
»Nuño Bustos de Linzueta,  
»Ardiendo en honrosa ira,  
»Se opuso con Suer Gonzalez  
»Autor de la alevosía.  
»Cuando vi tres contra tres  
»En dos hileras distintas,  
»La lid de los Curiaños  
»Se me figura que via.  
»A este punto el ronco son  
»De la trompa les avisa  
»Que dén principio á la lid  
»Para el fin que pretendían.  
»Arremetieron á una  
»Todos, la señal oída,  
»Cada cual con el contrario,  
»Que enfrente de sí tenía.  
»Don Fernando y Antolinez,  
»Que igualmente se herían,  
»Quebraron juntos las lanzas;  
»Firmes quedan en las sillas;  
»Mas desnudando á Colada,  
»Después de muchas heridas,  
»Que Antolinez le dió al Conde  
»Con destreza y valentía,  
»Le dió un golpe en lo mas alto  
»Del yelmo, que las hebillas  
»Faltaron, y la cabeza  
»Fué en dos partes dividida.  
»Derribóle del caballo,  
»Y el suyo dejando, encima  
»Del cuello se puso en pié,  
»Y el acero al pecho afirma.  
»A este punto un gran ruido  
»Se alzó y una vulgar grita,  
»Pidiendo no le matase,  
»Cumpliendo con que se rinda.  
»Fué poderoso el clamor  
»De aplacar la ardiente ira  
»Del vencedor animoso,  
»Para dejallo con vida;  
»Mas puesto sobre él de piés,  
»A Pedro Bermudez mira  
»Que traía al conde Don Diego  
»Sin valor con que resistía.  
»Dióle un golpe con Tizona,  
»Después de tener rompidas  
»Las lanzas, y fué tan fuerte  
»Que hombre y caballo derriba.  
»Pidióle misericordia,  
»Pidiendo en merced la vida,  
»Confesando su maldad,  
»Diciendo que se rendía.  
»No dió oído á sus plegarias,  
»Mas la fiera espada hinca  
»Por el alevoso pecho,  
»Con que dió fin á su vida.  
»El valiente Nuño Bustos,  
»Y Suer Gonzalez querían  
»Cada uno de por sí  
»La victoria de aquel día.  
»Duró mucho este combate,  
»Mas la justicia divina  
»Dió victoria á Nuño Bustos,  
»Como á quien tenía justicia.  
»Atravesó á su contrario  
»De parte á parte, y fué grima  
»Verle venir del caballo  
»Cayendo la boca arriba.  
»Con esto acabó el combate,  
»Y los vencedores gritan  
»Si había que hacer mas,  
»O mas traidores que rindan.  
»Respondiéronles que no,  
»Que la victoria tenían

T. X.

»Ganada como valientes,  
»Sin haber quien se lo impida.  
»Dos cajas y un pregonero,  
»Puestos á este punto encima  
»Del palenque, resonaron  
»Y la victoria os aplican.  
»El rey de armas con mi guarda  
»A los vencedores guian  
»Adonde los aguardaba  
»Yo, y toda mi compañía.  
»Luego dieron los jueces  
»Sentencia definitiva,  
»Que por traidores infames,  
»De honor los inhabilitan.  
»Esta sentencia fué al punto  
»Confirmada, y queda escrita  
»Para que pueda dar fe,  
»Sin la mía, con seis firmas:  
»Buen Cid, esto es lo que pasa,  
»Sin que falte ni se añida,  
»Sin que odio ni amistad  
»Fagan que otra cosa escriba.  
»Ved si no quedais contento,  
»Y queréis que se prosiga  
»Contra todo su linaje  
»Sin dejar persona viva.  
»Encomendadme á Jimena  
»Y abrazadme á vuestas hijas,  
»Y decidles que de nuevo  
»Su causa tomo por mía.

(ESCOBAR, *Romancero del Cid*.)

<sup>1</sup> Algo posterior debe ser este romance al que le precede, y tambien está hecho con mas cuidado.

888.

LLEGAN LOS CAMPEONES DEL CID Á VALENCIA, Y CELEBRAN ALLÍ SU VICTORIA CONTRA LOS ALEVOSOS CONDES DE CARRION. — CLXV.

(Anónimo.)

De aquese buen rey Alfonso  
Los del Cid se despedían  
Para volverse á sus tierras,  
Pues ya vencidos tenían  
A los condes de Carrion  
Por el aleve que hacían.  
Llegados son á Valencia  
A do el buen Cid residía:  
Gran placer hubo con ellos,  
Muy gran gozo, y alegría  
Muy mayor, cuando dijeron  
Como el buen Rey dado había  
Por alevosos los Condes,  
Y á Don Suer que los regia.  
Hincado se había de binojos  
Las manos puestas arriba,  
Grandes gracias da á Dios  
Por la venganza que había  
De los malos yernos suyos,  
Y el tío que los regia.  
A Doña Jimena Gomez  
Muy alegre le decía:  
—Jimena, ya sois vengada  
De tan grande villanía  
Como hicieron los Condes  
A nos, y á las nuevas hijas.—  
Cuando sus hijas oyeron  
Lo que tanto oír querían,  
Recibieron gran placer,  
El mayor que ser podia.  
Muy gran loor dan á Dios,  
Gracias grandes le rendían,  
Porque vengó su deshonra,  
Y con los brazos corrian  
A abrazar al buen Bermudez,  
Y á toda su compañía;  
Besarles quieren las manos

36

Del placer que ende habian.  
Muy grandes fiestas hicieron  
Que duraron ocho dias,  
Porque Dios les dió venganza  
De los que el mal cometian.

(SEFÚLYEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.  
—It. ESCOBAR, *Romancero del Cid*.)

889.

HONRA EL REY AL CID, Y SE OFRECE POR PADRINO EN LAS  
BODAS DE SUS HIJAS CON LOS REYES QUE LAS PIDIERON  
POR ESPOSAS.—CLXVI.

(Anónimo.)

—Ergulos, no esteis postrado,  
Que no es justo ni razon,  
Que esté ante mí de finojos  
Quien reyes afinó.  
Cubrid las canas honradas  
De grande prez y valor,  
Y del mas leal vasallo  
Que tuvo rey, ni señor.  
Quedáos á yantar conmigo,  
Que me faréis gran favor,  
Y me tendrán las viandas  
D'este yantar, mejor pro.  
Y desque hayamos yantado,  
Vos quiero facer favor  
De contaros de la enmienda  
Del tuerto de Carrion;  
Mas quiero facerlo luego:  
Sabed que le plugo á Dios  
De guardarles sendos reyes  
A Elvira y á Doña Sol:  
Seré en las bodas padrino,  
Pues casamentero soy,  
Porque para fijas vuestras  
Los tales padrinos son.  
Alvar Fañez de Minaya  
Vueso presente nos dió,  
Yo, y nusco le recibimos  
Con gran talento y amor,  
Y por primeras mercedes  
Bien dignas de quien vos sois  
Mando que no haya cadera  
En vuesa comparacion,  
Si no fuere, cual yo, rey,  
O dignidad superior.—  
Esto dijo el rey Alfonso  
A ese buen Cid campeador.

(*Romancero general*.—It. ESCOBAR, *Romancero del Cid*.)

890.

AQUÍ SE CONTIENE TODA LA HISTORIA DE LOS CONDES  
DE CARRION CON EL CID Y SUS HIJAS.—CLXVII.

(Anónimo.)

Rodrigo Diaz de Vivar,  
Nombrado el Cid castellano  
Despues que ganó á Valencia  
Como bueno guerreando,  
Vivia á placer en ella  
Siendo temido y honrado,  
Teniendo en su compañía  
Su mujer, que tanto ha amado,  
Llamada Jimena Gomez,  
Hija del conde Lozano,  
Que Don Gomez de Gormaz  
Por todos era llamado,  
Con sus dos hijas doncellas,  
Hermosas en igual grado.  
Daba á Dios crecidas gracias,  
Y al apóstol Santiago,  
Porque lo ha favorecido,  
Y tenía de su mano,

En vencer tantas batallas,  
Y en salir d'ellas tan salvo,  
Ganando tanto á los moros  
Cuanto ninguno ha ganado.  
Estas nuevas en Castilla  
Mucho se han publicado.  
Los condes de Carrion  
Ambos tienen acordado  
De pedirle al rey Alfonso,  
Hijo del rey Don Fernando,  
Qu'el Rey hubiese por bien  
Al Cid enviar mandado  
Pidiéndole sus dos hijas  
Para estos dos hermanos,  
Que se casarán con ellas  
Porque son de alto estado,  
De los buenos de la tierra,  
Y aun de los mas mejorados.  
Por bien ha tenido el Rey  
De hacer lo suplicado:  
Mensajeros hizo al Cid  
Con quien envió su recado:  
Rogábale que en Requena  
Ambos se hayan juntado.  
El Cid, que vido las cartas,  
Hase bien aparejado,  
Y el dia que mandó el Rey  
A Requena habia llegado.  
El Rey que vido al buen Cid,  
Luego lo habia abrazado;  
Preguntó el Rey á Rodrigo  
De las guerras en que ha andado:  
Dióle d'ellas larga cuenta  
Como su vasallo honrado.  
El Rey le dijo:—Buen Cid,  
Mucho por cierto he holgado  
De vuestras grandes victorias  
Y haberes que habeis ganado,  
Y de veros que estais viejo  
Me hago maravillado.  
—Buen Rey, respondiéra el Cid,  
Los trabajos lo han causado  
Que me han dado tantas guerras,  
Y las lides en que he andado,  
Que un dia no he yo tenido  
Que pueda llamar descanso.  
Gané, buen Rey, á Valencia,  
Donde hobe muy gran algo:  
Todo es vuestro, buen señor,  
Todo está á vuestro mandado.  
—Dios os lo guarde, buen Cid,  
Pues tan bien fuera ganado.  
Muy bien me puedo alabar  
Que los Reyes que han pasado  
No han tenido en los sus tiempos  
Tal vasallo y tan honrado,  
Valiente por su persona,  
Ni tan bien afortunado.  
Lo que agora os quiero, Cid,  
Por mí vos será contado.  
Los condes de Carrion,  
Ambos me han suplicado,  
Que á Doña Sol y á Elvira  
Se las entreguéis de grado  
Para que casen con ellas,  
Por ser hijas de hombre honrado.  
No rehuseis, Cid, mi ruego,  
Pues que veis que yo las caso;  
Que si mal casadas fueren,  
Yo me terné por culpado.—  
El Cid respondió:—Señor,  
Ellas son so el vuestro mando:  
D'ellas y de mí podréis  
Hacer muy bien vuestro grado.  
Vos, buen señor, las caseis  
Como lo habeis razonado;  
Yo d'ello soy muy contento,  
Alegre soy y pagado.—  
Mucho el Rey se lo agradece,

Y los Condes han llegado;  
Besan las manos al Cid  
Por esto que ha otorgado.  
El Rey se vuelve á Castilla,  
El Cid se tornó á su Estado  
A la muy noble Valencia,  
Que á moros hobo ganado.  
Los Condes llevó consigo,  
Y al que los habia criado,  
Para celebrar las bodas  
Qu'el buen Rey ha concertado.  
Andando por sus jornadas  
A Valencia habian llegado,  
Y Doña Jimena Gomez  
Muy gran placer ha cobrado,  
Y gran placer ambas hijas,  
Con el buen Cid han tomado.  
Aquese buen Alvar Fañez  
Las doncellas ha entregado  
A los dos hermanos Condes,  
Como el Rey se lo ha mandado.  
Don Hierónimo, arzobispo,  
Luego los ha desposado.  
Fechos ya los casamientos,  
Fiestas se habian ordenado  
De justas y de torneos:  
Los moros con los cristianos  
Todos están con placer  
En muy sublimado grado.  
La fortuna, que es aviesa,  
No deja cosa en su estado:  
El Cid tiene un gran leon,  
Muy grande es, y denodado,  
Y estando el buen Cid durmiendo  
El leon se habia soltado  
Por descuido de su guarda  
Y no por serle mandado.  
El leon con muy gran furia  
Donde está el Cid habia entrado,  
Y donde estaban los Condes  
Ambos las tablas jugando:  
Como vieron al leon,  
A huir habian echado.  
Al ruido de las voces  
El buen Cid ha recordado:  
Antes estaba durmiendo  
Echado sobre el su escaño.  
Visto por él el leon  
Una gran voz le habia dado:  
El leon lo conoció,  
Donde estaba se na tornado:  
Los Condes quedan corridos,  
Y ambos muy afrentados  
Creuyendo qu'el Cid hubiese  
Hecho lo que es ya contado,  
Y con muy mal pensamiento  
Del buen Cid han murmurado.  
Hablan los dos en secreto;  
Con su tio habian hablado,  
Que se despidan del Cid  
Para Castilla su estado,  
Y que lleven sus mujeres  
Con quien se habian desposado:  
Y pues no pueden del padre  
De la afrenta ser vengados,  
Se venguen en sus dos hijas,  
Y quedarán bien pagados.  
Con aqueste mal acuerdo  
Al buen Cid así han hablado:  
—Licencia nos dad, señor,  
Que tenemos acordado  
De nos volver á Castilla  
A estar en nuestro condado,  
Con ambas vuestras mujeres:  
Nuestro padre lo ha mandado.—  
El Cid les dió la licencia,  
Aunque se hubo recelado  
De que estos dos yernos suyos  
No hubiesen concertado

De matarle sus dos hijas,  
U otro gran desaguisado,  
Porque los tiene por hombres  
No bien acondicionados;  
Mas por cumplir lo que debe  
En ello no puso embargo,  
Y con sus gentes guarnidos  
Su camino han comenzado.  
Como el Cid tiene recelo  
Aquesto habia acordado:  
Llamó á su sobrino Ordoño,  
Y luego le habia mandado  
Que vaya, tras de sus hijas,  
Cubierto, disimulado,  
Y que vea muy bien visto  
Lo que hubiese pasado,  
Porque el corazon le dice  
El mal que le está guardado.  
Los Condes con sus mujeres  
Por su camino han andado;  
Por los lugares do van  
Eran muy bien hospedados,  
Porque los señores d'ellos  
Del buen Cid eran vasallos.  
Andando por sus jornadas  
A Tórmes habian llegado  
Y entre los robledos del  
Las damas han apeado;  
De las mulas en que van  
Al suelo las han bajado.  
Mandan primero á su gente  
Se hubiese adelantado.  
Por los cabellos las toman,  
Habiéndolas desnudado  
Arrástranlas por el suelo,  
Tráenlas de uno á otro lado,  
Danles muchas espoladas,  
En sangre las han bañado;  
Con palabras injuriosas  
Mucho las han denostado.  
Los cobardes caballeros  
Por muertas las han dejado,  
Diciendo:—Hijas del Cid,  
En vos serémos vengados,  
Que vosotras no sois tales  
Para con nusco casaros:  
Pagaréisnos las deshonras  
Que el Cid á nos hubo dado,  
Cuando soltara el leon  
Y procuraba matarnos.—  
En medio de aquel robledo  
Atadas habian quedado.  
Siguen ambos su camino,  
A sus gentes han llegado;  
Las gentes á sus señores  
Por ellas han preguntado:  
Ambos Condes respondieron  
Que quedan á buen recaudo.  
Las señoras muy cuitadas  
Muy gran llanto han comenzado,  
Alaridos dan al cielo  
Su desdicha lamentando,  
Diciendo:—¡Condes traidores,  
Cuán mal que lo habeis usado  
Siendo nos hijas del Cid  
A quien habeis deshonrado!  
¡Tal es él que vengará  
La traicion que habeis obrado!—  
El llanto que están haciendo  
Don Ordoño lo ha escuchado,  
Y á las voces que ambas dan  
Donde están habia llegado,  
Y cuando vido á sus primas  
La cara se está arañando.  
Mesaba los sus cabellos,  
Grandes voces esta dando,  
A los Condes alevosos  
A grandes gritos llamando,  
Porque á las tales señoras

Se hace tal desaguisado,  
 Mayormente siendo hijas  
 De un padre tan estimado:  
 De tan grande alevosía  
 El se hará muy bien vengado!  
 En las ramas de los robles  
 A las damas había echado,  
 Cubriólas con su vestido,  
 Allí las había dejado;  
 A buscar va do las ponga  
 Para que estén á recado.  
 Ventura le deparó  
 Casa de un labrador honrado,  
 Y muy servidor del Cid,  
 Que veces lo hubo hospedado.  
 Ordoño y el labrador  
 Al robledo habían tornado,  
 Y donde dejó sus primas  
 Allí las había hallado.  
 Lévanlas á aquel lugar,  
 Que es secreto y apartado:  
 Allí son bien acogidas  
 D'este labrador honrado,  
 Y de su mujer y hijos;  
 Todos hacían su mandado.  
 Don Ordoño habló con ellas,  
 D'esta suerte ha razonado:  
 —Señoras, yo quiero ir  
 A Valencia nuestro Estado  
 A decir al vuestro padre  
 Esto que os ha pasado,  
 Y que venga vuestra injuria,  
 Pues que tanto le ha tocado.—  
 Ellas lo hubieron por bien;  
 Su viaje ha comenzado.  
 Andando por sus jornadas  
 A Valencia había llegado,  
 Y en presencia del buen Cid  
 Grande llanto ha comenzado:  
 Contóle lo acacido  
 Sin palabra haber faltado.  
 El buen Cid como discreto  
 Muy bien lo ha disimulado,  
 Que lo que espera venganza  
 No conviene ser llorado.  
 Su mujer Jimena Gomez  
 Es quien mas pena ha mostrado;  
 Lloraba de los sus ojos,  
 Fuentes se le habían tornado.  
 Mucho la consuela el Cid  
 Como discreto y honrado;  
 Con las cosas que le ha dicho  
 Mucho la ha consolado.  
 Despachó sus mensajeros  
 Para ese rey castellano,  
 Al cual le hace saber  
 Aqueste hecho malvado.  
 Pidióle que haya por bien  
 Que d'ello se haya vengado  
 Y para que haya efecto  
 Licencia le ha demandado  
 Para venir á Toledo,  
 Do el Rey está aposentado.  
 El Rey que supo el negocio  
 Gran enojo había cobrado  
 De los Condes, y su tío,  
 Que los hubo aconsejado:  
 La licencia que el Cid pide  
 El Rey se la había otorgado,  
 Y el Cid con sus caballeros  
 A Toledo había llegado:  
 Fué del Rey bien recibido  
 Cual merece tal criado.  
 Propuso el Cid su razon  
 Como hombre sabio y honrado:  
 —Bien sabeis, Rey mi señor,  
 Que soy yo vuestro vasallo;  
 Crióme el Rey vuestro padre,  
 Y Don Sancho vuestro hermano.

A ambos yo los servi  
 Como muy leal criado:  
 Muchos servicios les hice,  
 Y fui por vos desterrado.  
 Por vuestro mando, señor,  
 Mis hijas hube casado  
 Con los condes de Carrion,  
 Do se cumplió vuestro grado.  
 Diles yo de mis haberes  
 Con que fuéron muy honrados,  
 Diles Tizona y Colada,  
 Las espadas de mi lado:  
 Ellos sin causa ninguna  
 Muy mal me habían deshonrado:  
 Dejaron las mis dos hijas  
 De fuera de lo poblado,  
 Y como á malas mujeres,  
 No hijas de padre honrado.  
 A vos, buen Rey y señor,  
 Conviene me hagais vengado.  
 Vos fuistes quien las casastes,  
 Yo hice vuestro mandado,  
 Que no á mí solo los Condes,  
 Mas á vos, han injuriado.  
 Hacedme, buen Rey, justicia,  
 Que á vos solo es esto dado,  
 Que si por las armas fuera  
 Ya ellos fueran castigados.—  
 El Rey respondió: —Buen Cid,  
 Vos lo habeis bien razonado,  
 En lo pedir por justicia,  
 Sin haber muertes ni bandos,  
 Qu'esta tanto se os hará  
 Como quedeis bien vengado.—  
 El Cid las manos al Rey  
 Por la merced le ha besado,  
 Y para que se cumpla esto  
 A Cortes había llamado,  
 Mandando que en treinta dias  
 Todos se hubiesen juntado.  
 Dentro del tiempo que es dicho  
 A Toledo son llegados  
 Los Condes con sus parientes,  
 Que son muy emparentados.  
 Estando allí todos juntos  
 El buen Cid ha razonado:  
 —Ante vos, buen rey Alfonso,  
 Pido á los Condes mi algo,  
 Pido á Tizona y Colada  
 Que yo les hube prestado,  
 Pues que no hay causa ninguna  
 Las tengan contra mi grado.—  
 Los Condes dicen tenerlo,  
 Y el Rey ha determinado  
 Que todo se vuelva al Cid,  
 Pues es suyo, y bien ganado.  
 Esto fué luego cumplido  
 Como el Cid lo ha demandado,  
 Y luego se puso en pié  
 Y así está razonando  
 Echando mano á su barba,  
 Con semblante denodado:  
 —Condes, ante el Rey presente,  
 Y grandes de su reinado,  
 Vos repto por alevosos,  
 Pues que d'ello habeis usado  
 En deshonrarme mis hijas,  
 Señoras de alto estado,  
 Sin tener causa ninguna  
 De así las haber tratado  
 Como, Condes, las tratastes  
 En Tórmes, ese collado:  
 Pero pagármelo heis,  
 Y el que os hubo aconsejado.—  
 Los dos Condes y su tío  
 Andan excusas buscando;  
 Pero no las hallan tales  
 Que se hagan disculpados.  
 El Rey oidas las partes

Aquesto ha determinado:  
 «Que los Condes y su tío  
 »Con otros tres en el campo  
 »Lidien como caballeros,  
 »Que allí se verá el culpado.»  
 Aquestos fuéron Bermudez,  
 Con sus dos primos hermanos.  
 El Cid se volvió á Valencia  
 Siendo aquesto ya acordado.  
 En el plazo que el Rey puso  
 Aquellos han batallado:  
 Los Condes quedan vencidos  
 Con su tío ya nombrado;  
 Confiesan ser alevosos,  
 Y por tales fuéron dados.  
 Quedaron tan abatidos,  
 Que hasta agora son reptados,  
 Y por esta alevosía  
 El Rey les quitó el Estado.  
 Los caballeros del Cid  
 A Valencia se han tornado;  
 Son del Cid bien recibidos  
 Como quien los ha criado:  
 Cuéntanle de la justicia  
 Que el rey Alfonso ha usado  
 Con los Condes y su tío,  
 Y todo lo que es pasado.  
 El Cid da infinitas gracias  
 A Dios que lo había vengado;  
 Agradeció mucho al Rey  
 Lo que con él se ha usado.  
 Estando el Cid muy temido,  
 Sus hijas le han demandado  
 Un infante de Navarra,  
 Y otro de Aragon, reinado,  
 Y del su ayuntamiento  
 Un hijo se ha procreado.  
 D'este proceden linajes  
 Que hoy vienen mas sublimados;  
 Donde podemos notar  
 El mal ser bien castigado,  
 Y á aquel que usa del bien  
 Por Dios es galardonado:  
 Lo mismo conteció al Cid  
 En el caso que es contado.  
 (SEPLÚVEDA, Romances nuevamente sacados, etc.)

Para formar este largo romance se han puesto á contribucion muchos de los que le preceden. Parece ser de la segunda mitad ó del penúltimo tercio del siglo XVI.

## 891.

MENSAJE Y PRESENTES QUE ENVIÓ AL CID EL SOLDAN DE PERSIA.—CLXVIII.

(Anónimo<sup>1</sup>.)

Llegó la fama del Cid  
 A los confines de Persia,  
 Cuando andaba por el mundo  
 Dando razon de quien era,  
 Y como lo oyó el Soldan,  
 Y supo bien la certeza  
 De los hechos del buen Cid,  
 Un presente le apareja.  
 Cargó copia de camellos  
 De grana, púrpura y sedas,  
 Oro, plata, incienso y mirra,  
 Con otras muchas riquezas,  
 Y con un pariente suyo,  
 De los de su casa y mesa,  
 Le envía al Cid el presente  
 Diciendo d'esta manera:  
 —Dirás á Ruy Diaz el Cid,  
 Que el Soldan se le encomienda,  
 Que de sus nuevas oír  
 Le tengo grande querencia,  
 Y por vida de Mahoma,  
 Y de mi real cabeza,

Que le diera mi corona  
 Solo por verle en mi tierra:  
 Y que aquese don pequeño  
 Reciba de mi grandeza,  
 En señal que soy su amigo,  
 Y lo seré hasta que muera.—  
 El moro tomó el camino,  
 Y en poco llegó á Valencia,  
 Pidiendo licencia al Cid  
 Para hablarle en su presencia.  
 El Cid salió á recibirlo  
 Antes de saltar en tierra,  
 Y cuando lo viera el moro  
 De verle delante tiembla.  
 Empezó á darle el recaudo,  
 Y como á darlo no acierta  
 De turbado, el Cid le toma  
 La mano y así dijera:  
 —Bien venido seas, el moro,  
 Bien venido á mi Valencia:  
 Si tu Rey fuera cristiano,  
 Fuera yo á verle á su tierra.—  
 Con estas y otras razones  
 A la ciudad ambos llegan,  
 Adonde los ciudadanos  
 Ficieron muy grande fiesta.  
 El Cid le mostró su casa,  
 A sus hijas, y á Jimena,  
 De que el moro está espantado  
 Viendo tan grande riqueza.  
 Estúbose algunos dias  
 El moro holgándose en ella,  
 Hasta que se quiso ir,  
 Y pidió para ir licencia.  
 En retorno del presente  
 Que del Soldan recibiera,  
 Otras cosas le envía el Cid,  
 Las cuales allá no hubiera.  
 Despedido que fué el moro,  
 Rodrigo con su Jimena  
 Se quedó y con sus dos hijas  
 Dando á Dios gracias inmensas.  
 (ESCOBAR, Romancero del Cid.)

<sup>1</sup> De fin del siglo XVI.

## 892.

ANUNCIA SAN PEDRO AL CID ENFERMO, QUE SE PREPARE Á LA MUERTE, Y QUE AUN DESPUES DE ELLA VENCERÁ Á LOS MOROS DE BÚCAR, QUE SITIABAN Á VALENCIA.—CLXIX.

(Anónimo.)

Muy doliente estaba el Cid,  
 De trabajos muy cansado,  
 Cansado de tantas guerras  
 Como por él han pasado.  
 Nuevas le fuéron venidas  
 Que le ponen en cuidado,  
 Que el rey Búcar, fuerte moro,  
 Sobre Valencia ha llegado.  
 Treinta reyes trae consigo,  
 Valientes son y esforzados;  
 Con mucha gente de guerra,  
 De á pié son, y de á caballo.  
 Echado estaba el buen Cid  
 Sobre su cama acostado;  
 Pensando estaba cuidadoso  
 En fecho tan afamado,  
 Suplicando á Dios del cielo,  
 Que siempre esté de su bando,  
 Y de peligro tan grande  
 Con honra le saque á salvo.  
 Cuando el Cid no se cató,  
 Un hombre vido á su lado,  
 El rostro resplandeciente,  
 Como crespo y relumbrando,  
 Tan blanco como la nieve,  
 Con olor muy sublimado;

Dijole :—¿Duermes, Rodrigo?  
 Recuerda y está velando.—  
 Dijole el Cid :—¿Quién sois vos  
 Que así lo habeis preguntado?  
 —San Pedro llaman á mi,  
 Príncipe del apostolado :  
 Vengo á decirte, Rodrigo,  
 Otro que no estás cuidando,  
 Y es que dejes este mundo ;  
 Dios al otro te ha llamado,  
 Y á la vida que no ha fin  
 Do están los santos holgando.  
 Morirás en treinta dias,  
 Desde hoy, que esto te fablo.  
 Dios te quiere mucho, Cid,  
 Y esta merced te ha otorgado ;  
 Y es que despues de tu muerte  
 Venzas á Búcar en campo.  
 Tus gentes habrán batalla  
 Con todos los de su bando,  
 Y esto será con ayuda  
 Del apóstol Santiago.  
 Tú, Rodrigo Campeador,  
 Faz enmienda á tu pecado,  
 Porque muerto que tú seas  
 A la gloria seas llevado,  
 Que Dios por amor de mí  
 Ha todo aquesto ordenado,  
 Porque honraste la mi casa,  
 Do Cardeña era nombrado.—  
 Cuando lo oyera el buen Cid  
 Gran placer habia tomado ;  
 Saltó luego de la cama,  
 De rodillas se ha postrado  
 Para besarle los piés  
 Al buen Apóstol sagrado.  
 Dijo San Pedro :—Rodrigo,  
 Aqueso es ya excusado,  
 Que á mi no podrás llegar,<sup>4</sup>  
 No te trabajes en vano ;  
 Mas ten por cosa muy cierta  
 Aquesto que te he contado.—  
 Esto dicho, el santo Apóstol  
 A los cielos se ha tornado ;  
 Rodrigo quedó contento,  
 Alegre y muy consolado,  
 Dando á Dios crecidas gracias  
 Por lo que le habia otorgado.

(SEPÚLVEDA, Romances nuevamente sacados, etc.)

<sup>4</sup> Esto recuerda el *Noli me tangere* del Evangelio.

895.

AL MISMO ASUNTO.—CLXX.

(Anónimo<sup>4</sup>.)

Estando en Valencia el Cid  
 De trabajos muy cansado,  
 Cansado de tantas guerras  
 Como por él han pasado,  
 Nuevas al Cid son venidas  
 Que le ponen en cuidado,  
 Que el rey Búcar, fuerte moro,  
 Sobre Valencia ha llegado.  
 Treinta reyes trae consigo ;  
 Valientes son, esforzados ;  
 Muchas gentes trae consigo,  
 De á pie son, y de á caballo.  
 Echado estaba el buen Cid,  
 En la su cama acostado ;  
 Pensando estaba cuidadoso  
 En hecho tan afamado,  
 Suplicando á Dios del cielo  
 Que siempre esté de su bando,  
 Y de peligro tan grande  
 Con honra lo saque salvo.  
 Cuando el Cid no se cató  
 Un hombre vido á su lado,

El rostro resplandeciente,  
 Cano, crespo y muy honrado,  
 Tan blanco como la nieve,  
 Con color muy sublimado :  
 Dijole :—¿Duermes, Rodrigo?  
 Recuerda, y está velando.—  
 Dijole el Cid :—¿Quién sois vos  
 Que lo habeis preguntado?  
 —San Pedro llaman á mi,  
 Príncipe del apostolado :  
 Vengo á decirte, Rodrigo,  
 Otro que no estás cuidando,  
 Y es que dejes este mundo,  
 Dios al otro te ha llamado,  
 Y á la vida que no ha fin  
 Do están los santos holgando.  
 Morirás en treinta dias,  
 Desde hoy que esto te hablo.  
 Dios te quiere mucho, Cid,  
 Y esta merced te ha otorgado ;  
 Y es que despues de tu muerte  
 Venzas á Búcar en campo.  
 Tus gentes habrán batalla  
 Con todos los de su bando.  
 Esto será con la ayuda  
 De mi hermano Santiago,  
 Y él verná á la batalla ;  
 Ya se lo tiene mandado.  
 Tú, Rodrigo Campeador,  
 Haz enmienda á tu pecado,  
 Porque muerto que tú seas  
 A la gloria seas llevado,  
 Que Dios por amor de mí  
 Todo aquesto ha ordenado,  
 Porque honraste mi casa,  
 Do Cardeña era nombrado.—  
 Cuando lo oyó el buen Cid,  
 Gran placer habia tomado :  
 Saltó luego de su cama,  
 De rodillas humillado,  
 Para le besar los piés  
 Al buen Apóstol honrado.  
 Dijo San Pedro á Rodrigo :  
 —Aqueso ya es excusado,  
 Que á mi no podrás llegar,  
 No te trabajes en vano ;  
 Mas ten por cosa muy cierta  
 Aquesto que te he contado.—  
 Esto dicho, el buen Apóstol  
 A los cielos se ha tornado :  
 Rodrigo quedó contento,  
 Alegre con lo pasado,  
 Dando á Dios crecidas gracias  
 Por lo que le habia otorgado.

(SEPÚLVEDA, Romances nuevamente sacados, etc.  
 —II. ESCOBAR, Romancero del Cid.)

<sup>4</sup> Es una repetición casi literal del anterior, que pudiera haberse omitido.

894.

EL CID MORIBUNDO SE DESPIDE DE LOS SUYOS.—CLXXI.

(Anónimo.)

En Valencia estaba el Cid  
 Doliente del mal postrero,  
 Que agravios en pechos nobles  
 Pueden mucho mas que el tiempo.  
 A su cabecera tiene  
 Religiosos y hombres buenos,  
 Y en torno de su persona  
 Sus amigos y sus deudos,  
 Cuyos semblantes mirando  
 De dolor y cuita llenos,  
 Con tan sesudas razones  
 Así conhorta su duelo.  
 —Bien sé, mis buenos amigos,  
 Que en tan duro apartamiento  
 No hay causa para alegraros,

Y hay mucha para doleros ;  
 Pero mostrad mi enseñanza  
 Contra los adversos tiempos,  
 Que vencer á la fortuna  
 Es mas que vencer mil reinos.  
 Mortal me parió mi madre,  
 Y pues pude morir luego,  
 Lo que el cielo dió de gracia,  
 Non lo pidais de derecho.  
 No muero en tierras ajenas,  
 En mis propias tierras muero,  
 Cuanto mas que siendo tierra  
 Es propia heredad del muerto.  
 No siento el verme morir,  
 Que si esta vida es destierro,  
 Los que á la muerte guiamos  
 A nuestra patria volvemos.  
 Tan solo llevo en el alma  
 Que en poder de un rey vos dejo  
 En quien vos podrá empecer  
 Ser míos, ó ser ya vuestros.  
 Que trate bien mis soldados,  
 Pues le defienden sus reinos,  
 Y crea á piernas quebradas  
 Mas que á sabios consejeros.  
 Que traiga siempre en balanza  
 El castigo con el premio,  
 Que la lealtad de vasallos  
 Virtud pone, y pone miedo.  
 Que estime un noble leal  
 Mas que muchos falagüeños,  
 Que de muchos homes malos  
 Non puede facer un bueno ;  
 Y á quien menester hubiere,  
 Nunca le faga denuestos,  
 Ni pague servicios propios  
 Por pareceres ajenos.  
 Y non fablo de agraviado,  
 Antes le quedo debiendo,  
 Que las sinrazones tuyas  
 Fuéron mis merecimientos.—  
 En esto entrara Jimena,  
 Cuyo desamparo viendo,  
 Ellos se enjugan los ojos,  
 Y el Cid dejó el parlamento.

(Romancero general. — II. ESCOBAR, Romancero del Cid.)

895.

EL CID MORIBUNDO ACONSEJA Á LOS SUYOS LO QUE DEBEN HACER DESPUES QUE MUERA.—CLXXII.

(De Lorenzo de Sepúlveda.)

Aqueso famoso Cid  
 De Vivar triste yacia ;  
 San Pedro le apareció,  
 Que se apareje decia  
 Para ir al otro mundo,  
 Cerca la muerte tenia ;  
 Treinta dias, que no mas,  
 Le dijo que viviria.  
 Levantóse gran mañana,  
 Juntó á su caballería,  
 Llorando de los sus ojos  
 Desta manera decia :  
 —Parientes míos leales,  
 Y amigos que ende habia,  
 Bien se vos acordará  
 Cómo ese rey de Castilla,  
 Don Alfonso mi señor,  
 A mí destierro ponía,  
 Y por la vuestra mesura  
 Tuvísteme compañía.  
 Dios nos hizo gran merced,  
 Y él siendo la nuestra guía,  
 Vencimos muchas facienas ;  
 Cristianos, moros vencian.

Quisieran ellos quitarme  
 La merced que Dios me hacia ;  
 Pero non pudo ninguno  
 Seguir tan mala porfia :  
 Loado el nombre de Cristo  
 A Valencia conquiera.  
 A hombre del mundo yo  
 Señorío no debía,  
 Sino al buen rey Don Alfonso,  
 Al cual mucho yo queria,  
 Que supiera que mi cuerpo  
 Tan poco durar habia,  
 En verdad vos digo yo ;  
 Que ya el fin es de la mi vida.  
 Treinta dias, que no mas,  
 Mi cuerpo el alma ternia ;  
 Siete noches han pasado  
 Que visiones me seguan ;  
 Diego Laines mi padre,  
 Y mi hijo aparecian ;  
 Dicen : « Mucho habeis durado  
 En aquesta triste vida » ;  
 Vayámonos á las gentes  
 Que perdurable vivian.  
 Yo no creo estas visiones ;  
 Mas mi muerte es cedo aina.  
 Ya sabeis como el rey Búcar  
 Contra nos cierto vernia ;  
 Treinta y seis reyes de moros  
 Trae en su compañía ;  
 Pues tan gran poder como este  
 Defenderse non podria  
 Sin que vos gane á Valencia ;  
 Mas yo vos aconsejaria  
 Como lo venzáis en campo  
 Antes de ser mi partida,  
 Y como Jimena Gomez,  
 Vosotros con valentia  
 A Castilla vos volvais  
 Sin que nadie vos lo impida.

(SEPÚLVEDA, Romances nuevamente sacados, etc.)

896.

TESTAMENTO DEL CID.—CLXXIII.

(Anónimo<sup>4</sup>.)

—La que á nadie non perdona,  
 A reyes ni á ricos-homes,  
 A mí, fincado en Valencia,  
 Llegó á mi puerta y llámome ;  
 Y fallándome dispuesto  
 A su voluntad conforme,  
 Fago así mi testamento,  
 Y mi voluntad al postre.  
 « Yo, Rodrigo de Vivar,  
 » Llamado por otro nombre  
 » El bravo Cid Campeador  
 » De las morismas naciones,  
 » El alma encomiendo á Dios  
 » Que en su reino la coloque ;  
 » Y el cuerpo fecho de tierra  
 » Mando que á su centro torne ;  
 » Y despues que sea finado,  
 » Con los untos de los hotes  
 » Que me endonó el rey de Persia  
 » Le unten, compongán y adoben,  
 » Y puesto sobre Babieca  
 » Tras mi seña y mis pendones,  
 » Lo enseñedes al rey Búcar  
 » Y á todos sus valedores.  
 » Y mando que á mi Babieca  
 » Lo sotierren y lo afoden,  
 » Non coman canes caballo  
 » Que carnes de canes rompe.  
 » Y para facerme obsequias  
 » Se junten mis infanzones,  
 » Los de mi pan y mi mesa